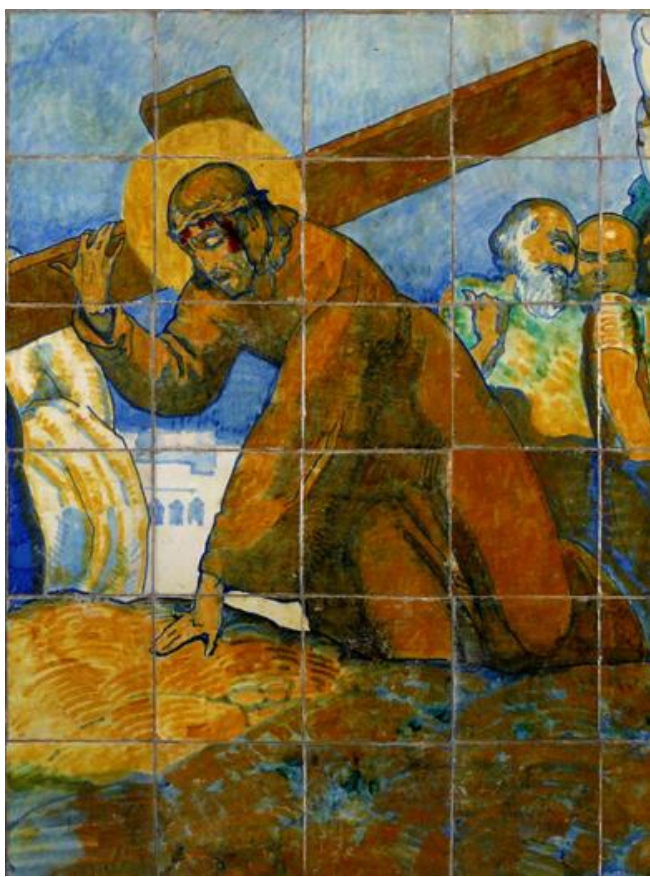


EL VÍA CRUCIS DE LA CAPILLA DE LOS LUISES



por

Manuel Pablo Rodríguez Rodríguez



Pieza del mes: Marzo, 2016

ASOCIACIÓN PISANO

VÍA CRUCIS DE LA CAPILLA DE LOS LUISES DE SEVILLA

Manuel Pablo Rodríguez Rodríguez

Es habitual que en los templos católicos exista, en los muros o pilares de los mismos, la señalización de las catorce estaciones del vía crucis, una antigua tradición que cumple su función a la hora de rememorar los últimos momentos de la vida de Cristo, trasladándose por el interior del templo, de estación en estación, mientras se ejecuta el rezo.

Estas señalizaciones bien pueden ser sencillas cruces de madera, metal o pintadas en la piedra, pero en muchas ocasiones las encontramos de forma muy elaboradas, encontrándonos la escena completa en relieve, en pequeños cuadros o formadas por algunas piezas de azulejo. Sin embargo, el ejemplo que aquí tratamos es de una calidad y excepcionalidad realmente grande.

El ejemplo que nos ocupa, no solo es destacado por su tamaño, ya que forma parte de un zócalo, sino que además lo es porque su soporte es la cerámica y está pintado por uno de los más destacados pintores contemporáneos de nuestro país como es Gustavo Bacarisas Podestá. Aquí, Bacarisas, nos deja uno de los mejores conjuntos cerámicos de la Sevilla contemporánea, de un altísimo nivel artístico.



La Capilla de los Luises, ubicada en la calle Trajano de Sevilla, fue levantada por la Congregación Mariana de María Inmaculada y San Luis (Los Luises), una asociación de fieles dependiente de la espiritualidad jesuítica dedicada a un grupo social en concreto, siendo ésta encargada de la vida cristiana de jóvenes varones, en su mayoría universitarios. Fue bendecida el 8 de mayo de 1920, siendo su arquitecto el prestigioso Aníbal González quien ejecuta un espléndido templo de una amplia nave totalmente en ladrillo visto y en estilo gótico italiano. González, en su memoria arquitectónica de este templo, añade que *“las paredes se hallan revestidas hasta una altura de dos metros por un alicatado de azulejos pintados a mano sobre vidrio”*. Este es el zócalo que venimos comentando que alcanza una altura de 1,90 m.



Debió realizarse este conjunto cerámico en el año 1918, ya que el 8 de enero de 1919 aparece publicada una extensa y enérgica reseña sobre el mismo en el diario El Correo de Andalucía con el siguiente título *“De arte contemporáneo: Un Viacrucis de Bacarisas”*, escrita por el sacerdote Eduardo Paradas Agüera. Según se desprende de este escrito, la obra desde sus inicios causó admiración: *“En el alicatado de la iglesia de San Luis, que se inaugurará en breve en la calle Trajano, aparece un Viacrucis en cerámica, obra de Bacarisas, que por su importancia material y artística merece los honores de un desinteresado comunitario...”*

Parece, por tanto, natural que la obra del ceramista pierda muchas de las cualidades del pintor tratándose de un procedimiento tan problemático como este en que el artista tiene que encomendar su trabajo a lo fortuito de la cocción y a lo defectuoso de la materia colorante. Sin embargo, bien pronto echa de ver el espectador que se halla ante una obra completa en su género, principalmente si considera el criterio con que ha sido concebida y realizada.

No sabemos qué sea en ella más excelente: si la interpretación del tema religioso o la realización artística...

Con este criterio realiza Bacarisas su Viacrucis interpretando el alma de los personajes y ahondando en sus caracteres hasta evidenciar sus íntimas emociones. Así la figura de Nuestro Señor traspira dignidad y reverencia; de la Virgen heroísmo y amor; la de las santas mujeres tribulación y piedad, y todas se hallan envueltas y como arrastradas por un violento huracán de internos dolores.

No cabe, pues, dudar que esta es la obra de un gran sensitivo y profundo creyente que acomete directamente el tema religioso con fervorosa voluntad y lo realiza sin echar mano de recursos cerebrales ni de sutilezas de ingenio, como a veces hicieron muchos de los antiguos maestros.

Estamos, por tanto, los sevillanos de enhorabuena, pues afortunadamente contamos con una obra moderna de arte religioso, decorativa y elegante, distinguida y romántica, no con romanticismo de ideas, sino de sentimientos, de profunda intimidad, de religiosidad serena y acendrada y de una agudeza espiritual como de hombre de tiempos más sutiles que los nuestros”.

La repartición de las escenas se realiza de la siguiente forma: En el presbiterio del templo se pintan dos escenas marianas que no forman parte del vía crucis, escoltadas por los anagramas de Cristo y María sostenidos por una pareja de ángeles tenantes. Estas escenas son la Anunciación y el Nacimiento. En el resto de la nave, seis a un lado, seis a otro y dos en el muro de los pies, se reparten las catorce escenas del vía crucis ubicándose entre ellas las figuras del apostolado y a los pies San Ignacio de Loyola y San Luis Gonzaga referentes a la orden jesuita.

Parece claro que el artista tuvo en cuenta la iluminación natural del templo y el uso de cirios en las celebraciones para pintar este conjunto, pintándolo con un colorido luminoso, sobre todo las escenas, que resaltan entre las diferentes orlas que las enmarcan de unos tonos monocromáticos en azul. Destacan en los marcos el uso de elementos geométricos de inspiración gótica y el uso de una flor emblemática de la iconografía pasionista como es la rosa de pasión. También señalar que cada escena tiene pintada sobre ella en un pergamino desplegado el número que le corresponde y un pequeño texto que la describe.



En las cuatro primeras estaciones se observa como el tono predominante es el amarillo-ocre, siendo a partir de la cuarta la paleta cromática mucho más rica y llamativa, desplegando en todo su esplendor el famoso colorido del que hace gala Bacaristas en sus pinturas, con unos grandes contrastes de luces y sombras, de interiores y exteriores, de nubosos celajes y de unas expresiones en los rostros realmente magníficas. Son muy interesantes las actitudes, el estudio de las posturas y las expresiones de las figuras secundarias, recreándose en las vestimentas y detalles propios de la época en que suceden los hechos.

Podemos apreciar como el conjunto adquiere tintes impresionistas en diversos detalles como los ropajes de algunas figuras y también modernistas, a destacar el rostro de la Virgen en la penúltima escena, plenamente identificado con este estilo.

Si en conjunto tuviéramos que destacar algunas escenas por la maestría del color, la composición y la expresividad de las mismas, bien pudieran ser las escenas VII, IX y XIII.

Aparece la firma del pintor repartida por los diversos paneles en cinco ocasiones de la siguiente forma: G. BACARISAS y solo en una ocasión y asociada a la del pintor, aparece la de la fábrica: LOS REMEDIOS.



Por último, destacar el desconocimiento que existe en el público en general de este maravilloso conjunto, ya que la capilla donde se ubica no se encuentra abierta al culto habitualmente y sería interesante darlo a conocer por parte de sus propietarios, por ser un templo realmente hermoso y por conservar uno de los mejores conjuntos cerámicos del siglo XX sevillano.

Manuel Pablo Rodríguez Rodríguez